

estupefacto.... se me calentó la cholla, una duda terrible me atravesó la mente, mil visiones espantosas asaltaron mi frente.... fuera de mi corro á mi casa, y juzgando el caso suficiente-mente grave para autorizarme á hacer las indagaciones mas minuciosas, me puse á registrar la librería de mi muger: á fuerza de pesquisas, llegué por fin á encontrar el fragmento diminuto de una carta, en el que percibí claramente una firma: Julio, con el pronombre tu ante-puesto, indiscreta y atrevidamente.... Esto no me dejó ya la menor duda.... ya no pude formar-me mas ilusiones.

Cuando Olimpia llegó á casa, se sorprendió mucho al verme ya de vuelta; mas yo, fingien-do mucha indiferencia, la hice algunas pregun-tas sobre el espectáculo á que habia asistido: con-cesó narrándome todos los incidentes y escenas del "Tigre de Bengala."—Si conoce vd. esta pieza, debe vd. figurarse cuál seria la situacion de mi espíritu por ciertas analogías. Salí esta mañana muy temprano con el objeto de consultar á un amigo mio que tiene muchas relaciones, á fin de adquirir algunos indicios que me pudiesen en camino de encontrar á ese tal Julio.... al pasar por delante de esta casa, me cayó un objeto pequeño sobre las narices: alzó la vista y veo á un criado sacudiendo una alfom-bra: al bajar los ojos, encuentro; ¡oh dolor! un camafeo; señor, este camafeo que es de mi mu-jer y que ella llevaba prendido anoche en el pe-cho, en el momento de salir.

Y el Sr. B. me enseñaba delirante la joya que por su forma extraña y particular habia yo no-tado en el corpiño de Olimpia.

Fuera de mi, prosiguió el dignísimo fabri-cante de pildoras y unguentos, llamo al portero, enseñóme el cuerpo de delito, la alfombra, la ventana, el criado; siguiendo sus indicaciones ubo y héteme aquí. Ahora bien Sr. D. Julio: cuáles son sus armas, la hora, el sitio....

No pude resolverme á condenar tan pronto la pobre Olimpia, y quise alegar que facilmente podian existir y encontrarse joyas de igual forma y figura.... Esperanzas cortadas en agraz!

Pésimo subterfugio, mi amigo, repuso el burlado B., este camafeo lleva en su reverso las iniciales de la infiel; mire vd.: O. B.; además, en la parte inferior se abre el medallon y allí encontraremos una mecha de mis cabellos ne-gros—vea vd.—¡Hola! con que la mecha se ha vuelto rubia! ¿Cómo es eso?—Ahí ya caigo, no habia yo notado el matiz de la dorada cabellera

Me quedé turbado, y sin voz.

—Con que, Sr. mio, exclamó el terrible boti-carío.... no son estas pruebas bastante palpables y convincentes? He aquí aquel fragmento de la carta amorosa, no es de vd. esta amante y tierna firma: *Tu Julio*...? Y ahora obtendré de vd. el sí ó el no?....

Sin vacilar un momento le contesté con deci-sion:—mañana á las 7, campo de Marte, pisto-las.—Al dia siguiente me encajó el discípulo de Galeno una bala en el muslo: he estado en cama durante 15 dias, y andaré cojo hasta el prima-vera.

Ya ves, amigo mio, que he destruido el por-venir de una infeliz muger, le arriesgado mi vida, he recibido una herida de alguna gravedad y todo esto por haberse sacudido una alfombra por mi ventana; ¿y tú te quejas amargamente porque esta imprudencia te cuesta 7 francos?—De buena gana daria yo toda mi fortuna porque se hubiera sacudido esa maldadada alfombra so-bre la cabeza del mismo prefecto de policia, y que ese fatal camafeo le hubiera sacado un ojo y dejádole tuerto, aun cuando habria de incur-rir en las penas mayores del caso, y lo que es peor—quedar anotado como *suspecto* por haber picado á ese respetable magistrado con preme-ditacion.

Si en adelante algun criado mio se atreviere á sacudir por la ventana una alfombra, á buen se-guro que será en sus hombros donde recaiga ter-rible sacudida.

(El Daguerreotipo.)

ASCENSION AL VOLCAN DE ORIZAVA

AL EDITOR DEL TEXIN GOL.

Viendo últimamente algunos de los números pasados de su apreciable periódico, encontré una relacion de la expedicion de una compañía de oficiales del ejército americano al Pico de Oriza-va, que como las mas de las relaciones de Méxi-co, publicadas durante la ocupacion de aquel país por nuestro ejército, contiene muchos er-rores. He creído, por tanto, que no seria desa-gradable á nuestros lectores, una relacion del viaje por una feliz compañía.

El Pico de Orizava, aunque situado casi á cien millas de la costa, es el primer punto que se de-cubre desde el Golfo mexicano al aproximarse á Veracruz. Se divisa á 30 millas en la mar y es para el marinero la señal de tierra mas impor-tante en aquellas regiones.

Cuando el mar del corazon del laberinto general

Bankhead, que fue el primero que marchó de Veracruz á Orizava, nos pusimos en camino (Fe-brero, 1848) tuvimos la montaña constantemente á la vista y hablamos frecuentemente sobre ha-cer un viaje á su cima. Llegados á aquel lu-gar, los maravillosos cuentos que nos referian los habitantes, aumentaron el deseo de acometer la empresa. Todos convenia en que nadie ha-bia subido á la cima, aunque varios sabian ó ha-bian oido que algunos lo habian emprendido.

Las dificultades para ello se presentaban co-mo insuperables; habia que trepar por precipi-cios escabrosos, atravezarse fosos de dos mil piés de profundidad, subir sobre planos inclinados de hielo poco sólido, sin tomar en cuenta las avalanchas, bajo los cuales, se nos aseguró, que-darian sepultados todos los atrevidos que inten-tasen subir. Estas extraordinarias relaciones pro-duxeron un efecto enteramente distinto de las primeras, y ya no se trató de quienes irian, sino de quienes se quedarían.

No fue sino hasta fines de Abril, cuando el tiempo se creyó favorable, y contando para la expedicion propuesta con la licencia del oficial en jefe, hicimos nuestros preparativos, con la mira de vencer todos los obstáculos.—Segun esto, preparamos largas varas de madera con regalo-nes de hierro en un cabo y panchos en la otra, para ayudarnos á escalar los precipicios; tigas con arpones de hierro para echarlas sobre las rocas ó hielos; hicimos escalas de cuerda por si fueran necesarias; zapatos y suelas con clavos salientes y agudos para afianzarse en los de-clives helados; en fin, llevamos todo lo que se creyó necesario ó como lo para el buen éxito de la empresa.

La eleccion de caminos presentaba alguna di-ficultad, unos nos recomendaron particularmen-te el de San Andres y otros el de San Juan Cos-comatepec. Para decidirmos entre ellos, procura-mos persuadir á algunos vecinos de los mas in-teligentes del país á que nos acompañasen. Al principio convinieron, pero conforme se iba acercando el tiempo, se retractaron uno tras otro, hasta que finalmente cuando la compañía se reunió para marchar, nos encontramos con que teniamos que ir solos. Entonces, como al-gunos de los nuestros se inclinaban á una ruta y otros á otra, resolvimos rechazar todas sus re-comendaciones é ir directamente á la montaña, siguiendo el camino que toman los indios con-statados para traer nieve á la ciudad, hasta los límites de la vegetacion, y desde allí rodear el

Pico hasta el lado que presentase mejor aspecto para el fin que nos proponiamos.

Dejamos la ciudad de Orizava el 7 de Mayo de 1848, la compañía se componia de diez ofi-ciales, incluso uno de navio, treinta y cuatro soldados y dos marineros que servian en la ba-tería naval, tres ó cuatro mexicanos indios como guias, y las suficientes mulas de carga para llevar nuestras provisiones y equipajes. Nues-tra expedicion se hacia durante el armisticio, y pareció conveniente obtener un pasaporte del prefecto de Orizava para precavernos de cuales-quiera contingencia.

Cerca de 6 millas de Orizava pasamos por el pequeño pueblo de indios de La Perla; los ha-bitantes se atemorizaron al vernos llegar; pero nuestro pasaporte los tranquilizó luego, y quan-do supieron el objeto de nuestra visita nos mi-raban como la bandada de mayores años que habian visto, y diciéndonos claramente que no llegaríamos á la cima. Nada nos desanimó, sin embargo, continuamos adelante, y poco despues de salir de su pueblo sobre una rapida subida, principiamos á gozar de unas vistas, que por sí solas nos hubieran recompensado ámpliamente nuestro trabajo. En la noche nos acampamos á una elevacion de 7,000 piés sobre el nivel del mar; la noche estaba clara y el aire penetrante, pero no tan frio que fuese desagradable.

La mañana siguiente era clara y hermosa. Nosotros despues de almorzar muy temprano echamos á andar. La escena era verdaderamente sublime y subiendo montaña tras de mon-taña, aparecian á nuestra vista valles tras de va-lles; las colinas que al principio nos parecian montañas, parecian hundirse gradualmente á nuestros piés y extendiéndose cada vez mas los objetos que abrazaba la vista, no podiamos me-nos que hacer frecuentes paradas para admirar escenas á quienes nada estorba, y que á ca la vuel-ta que dábamos se ofrecian á nuestra vista con doble tamaño y magnificencia.

Llegamos á la region de los pinos y de las plan-tas del norte; el familiar roble antiguo, el abe-dul y otros árboles desconocidos en las tierras bajas, nos cercaban por todas partes; no encon-trabamos ya espesos matorrales, y casi nos ima-ginabamos en nuestra querida patria.

Las tierras cultivadas no suben tanto cuanto esperabamos; pasamos el limite mas alto de ella á poca de 8,000 piés de elevacion. Serian las doce del dia cuando tocamos á una altura de mas de 10,000 piés cuando los guias dijeron que las